



Sobre el año 400, dos mil monjes pudieron ya acompañar los restos de San Martín. Obligó, empero, el rigor del clima á templar la austeridad de las reglas del Oriente, resultando de esto cierta arbitrariedad, que en medio de los trastornos de la invasión hubiera tal vez llevado el monacato á una completa ruina, á no haber deparado la Providencia un hombre que dió á los claustros una vida sólida y verdadera, y salvó una institución destinada á prestar más tarde tan eminentes servicios á la Iglesia. Desde los primeros años de su juventud el amor á la soledad y el disgusto por las cosas terrenales habían llevado á Benito de Nursia, nacido en 480 y muerto en 543, á los desiertos de Subiaco. Objeto de la piadosa veneración de los pastores de la comarca, fué pronto Benito conocido, glorificado en toda la provincia, y elegido abad de un convento; mas viendo que sus monjes manifestaban repugnancia á entrar en la vida más espiritual que quería introducir entre ellos, fundó en Monte Casino un nuevo monasterio (529), en que reunió á los que participaban de sus sentimientos. Su actividad fué el modelo de la que desplegó más tarde su orden. Su regla, fundada en un gran conocimiento de la naturaleza humana, es una mezcla de previsión y de sencillez, de severidad y de dulzura. El abad debe instruir con el ejemplo y dirigir á cada monje según su carácter y sus disposiciones naturales; los monjes deben respetar en su superior el representante de Jesucristo y obedecerle ciegamente. El novicio está sujeto á un año de prueba, durante el cual se le debe recordar lo serio de su vocación y lo estrecho de la regla. Sabiendo además Benito apreciar prudentemente las peligros de la vida del claustro, además de las preces canónicas prescritas en aquellas palabras del salmo CXVIII: «siete veces por día he cantado vuestras alabanzas,» dió á sus monjes ocupaciones continuas, pero variadas, tales como trabajos manuales, instrucciones para la juventud, lecturas, copias de manuscritos y de libros. Setenta y dos palabras sacadas de las Santas Escrituras contenían la norma de toda la vida religiosa de los monjes.

La sabiduría de la regla y la tendencia de los espíritus de aquella época, en poco tiempo condujeron á Benito una juventud innumerable. Plácido y Mauro son los que más se distinguieron entre sus discípulos; trabajaron con actividad en esparcir su orden por la Sicilia y por las Galias; y el papa San Gregorio el Grande, deseoso de favorecer con todo su poder esta orden que le colmaba de gozo, le concedió el palacio de sus padres para que estableciera en él un monasterio.

Los francos, salios y ripuarios, fueron, de todos los germanos, los más útiles para el triunfo de la Iglesia católica de Occidente.

Clodoveo, jefe de los francos salios (481-511), habiendo destruido con su victoria sobre Siagrio (486) los últimos restos de la dominación romana, había fundado la monarquía de los francos en la provincia de la Galia, de que se había apoderado entre el Soma y el Sena, y desde el Sena hasta el Ródano y el Loira. Dispuesto ya desde mucho tiempo en favor del cristianismo por su esposa Clotilde, princesa de Borgoña, resolvió abrazar la religión cristiana, después de haber invocado el Dios de los cristianos para alcanzar sobre los alemanes la victoria largo tiempo disputada de Tolviaco (496). San Remigio de Reims le instruyó y le bautizó el día de Navidad á él y á tres mil francos (1). Una tradición posterior á esta época, cuenta que un ángel bajó del cielo el aceite sagrado con que fué ungido Clodoveo al tiempo en que se saludaba á éste como á un nuevo Constantino (2). El papa Anastasio II vió en el elegido de Reims la esperanza de la Iglesia, y lo fué en efecto. Los católicos de las Galias triunfaron con Clodoveo, y su victoria los puso á salvo de la persecución de los arrianos; quedaron sujetos los borgoñones á los francos, y perdieron los visigodos casi todas las posesiones que tenían en las Galias. Des-

(1) Prostérnate, orgulloso sicambro, dijo San Remigio á Clodoveo al bautizarle, quema lo que has adorado, adora lo que has quemado.

(2) *Hincmari*, Vita S. Remigii, c. 3 (*Hincm.* opp. t. I, Par. 1645, en fol. et *Surius*, Vita SS. ad diem. 13 januar.) Cf. de *Murr*, la santa ampolla de Reims. Nuremb., 1801.



graciadamente el catolicismo fué tambien un instrumento político en manos de Clodoveo, que dejó á sus cuatro hijos un imperio grande, pero manchado con asesinatos y otros crímenes. Reinaron por largo tiempo en la familia real la discordia y el libertinaje; fueron castigadas con pena de destierro las censuras de los obispos, y saqueados los bienes de la Iglesia por los mismos cuyo poder sostenia.

Hace ya mucho tiempo que han caído en descrédito las tradiciones que pretendian que el Evangelio habia sido anunciado en Bretaña por Santiago el Mayor, Simon el Zebedeo ó el apóstol San Pedro. En vano tambien, para poner á un apóstol á la cabeza de su iglesia episcopal, han querido demostrar en los últimos tiempos los teólogos ingleses que fué la Iglesia británica fundada por San Pablo (1). Pero es probable que el cristianismo no tardó en ser predicado en la Gran Bretaña, y que muchos bretones sufrieron por el Evangelio en la persecucion de Diocleciano (2). Hay pruebas irrecusables en la historia de Pelagio y de Celestio de que Paladio, enviado como obispo á Irlanda por el papa Celestino, encontró ya allí comunidades cristianas, á las cuales hizo desde luégo concebir por su actividad las mayores esperanzas. Desgraciadamente no las satisfizo Paladio, á quien faltaba no sólo el conocimiento del país, sino tambien la perseverancia para mision tan difícil. El verdadero apóstol de la Irlanda fué el belga San Patricio, que se preparó durante mucho tiempo para esta santa mision, ejercitándose en todo género de virtudes y en toda clase de negocios cristianos. Autorizado éste por el papa San Celestino para emprender su obra, y acompañado de cierto número de galos tan resueltos como él, fundó desde luégo el obispado de Armagh, y del 432 al 465, en que murió, convirtió una gran parte de los habitantes de la Irlanda (3). El numeroso clero que formó, las

(1) Tradic. de la antigua Iglesia brit. (*Revista de fil. y de teol. catól.* de Bonn. ent. 15, p. 88).

(2) Beda Venerab. *Hist. eccl.* I, 4. Cf. c. 17, 21; Lingard, *Hist. de Inghlat.*, t. I, c. 1.

(3) Bolland. *Acta SS, mens. mart.* t. II, p. 517; mens. febr. t. III, p. 131, 179.

escuelas y los seminarios unidos á los conventos que fundó, y el monasterio de religiosas establecido en Kildara (490) por Santa Brígida, completaron luégo la conversion de los irlandeses. En efecto, las escuelas de los monasterios de Erin fueron pronto las más florecientes de la cristiandad, y su reputacion se extendió á las más lejanas regiones, y dió lugar á que *la isla de los Santos* (1) ejerciera más tarde una grande influencia sobre el cristianismo del continente.

El obispo breton Niniano empezó la conversion de los pictos del Sud (en Escocia) en el año 412, y despues del 565 acometió el irlandés Columbano la de los pictos septentrionales. Fundó este último en la isla de Hy (Iona) una de las Hébridas, un convento, cuyo abad ejerció despues de la muerte de Columbano, acaecida en 597, cierta jurisdiccion hasta sobre los obispos escoceses y los pictos del Norte de la Bretaña.

Los más antiguos habitantes de esta comarca se habian ya en gran parte convertido ántes de acabarse el siglo IV; mas cuando un tratado de alianza llevó á ella los anglo-sajones en 449, obrando éstos más como conquistadores que como aliados, arrojaron á los bretones cristianos á la parte occidental de la isla, y destruyeron las iglesias. Desgraciadamente el clero, desde entónces degenerado, no supo ya inspirar ningun sentimiento de resignacion ni de elevacion á los cristianos perseguidos (2). Desmoralizados éstos por la esclavitud, y llenos de odio contra sus perseguidores, no abrigaron el menor deseo de comunicar á los anglo-americanos las luces del Evangelio, que no brillaron á los ojos de los vencedores hasta

(1) Usser, I, p. 913 sig. divide estos Santos en tres clases: 1.ª desde San Patricio en 432 hasta el 542, y contiene 350 obispos y fundadores de iglesias tenidos todos por santos y llenos del Espíritu Santo; la 2.ª desde el 540 hasta el 598, comprende sobre 300, la mayor parte abades, sacerdotes y obispos; la 3.ª, que alcanza hasta el 665, abraza 100 santos.

(2) Véase una descripcion muy dura de la triste situacion del clero y del pueblo bretones en la *Epist. Gildae Sapientis* (del siglo VI, en Gale), *Scriptores hist. Britann.*, et *Max. Bibl.* t. VIII, p. 715 sq. *Ga. land.* t. XII, 189.



que, compadecido de ellos San Gregorio el Grande, llegó á sujetarlos al yugo de la cruz (1). Cuando el rey de Kent, Etelberto, casó con la princesa Bertha, mujer de raza franca, á la que acompañó á Inglaterra el obispo Luidhardo, envió allí al mismo tiempo el pontífice San Gregorio á Agustin, abad de un monasterio de benedictinos, y á cuarenta monjes de la misma orden, para que anunciaran á los anglo-sajones la doctrina de la Redencion y la de la santificacion en Jesucristo (597). Consintió Etelberto en recibir el bautismo, y fué su ejemplo seguido por muchos de sus súbditos, á los que atrajo al cristianismo la sabiduría de Agustin, que, conforme á las excelentes instrucciones de San Gregorio el Grande, no oponia más que una indulgente moderacion á las preocupaciones paganas de los vencedores de la Bretaña (2). *Durovernum*, más tarde Cantorbery, fué erigida en metrópoli, y tuvo á Agustin por su primer arzobispo (3).

(1) Gregorio fué movido á compasion al ver puestos de venta en el mercado de los esclavos á jóvenes anglo-sajones, notables por su belleza, su tez y el color de sus cabellos. El venerable Beda cuenta así esa entrevista, loc. cit. II, 1; Gregorio pregunta: ¿De qué país sois?—Angli.—Gregorio replica: *Benè nam angelicam habent faciem, et tales angelorum decet esse cohaerere.* ¿De qué provincia?—Respuesta: De Deiri.—Gregorio: *Benè, de ira eruti.*—¿Cuál es el nombre de vuestro rey?—Respuesta: Oella.—Gregorio: *Alleluia oportet cantari.*

(2) Véase sobre todo la excelente contestacion dada por San Gregorio á San Agustin (*Greg. M. Epistolar.*, lib. XI, n. 28 sq. *Opp. ed. Bened.* t. II, p. 1109 sq. en Beda Venerab. loc. cit.), y particularmente la carta dirigida á Mérito, obispo de Lóndres: *Dicite (Augustino) quid diu mecum de causa Anglorum cogitans tractavi: videlicet quia fana idolorum destrui eadem gente minimè debeant, sed ipsa quae in eis sunt idola destruantur. Aqua benedicta fiat, in eisdem fanis aspergatur, altaria construantur, reliquiae ponantur, quia si fana eadem benè constructa sunt, necesse est ut à cultu daemouum in obsequium veri Dei debeant mutari.* (*Opp. t. II*, p. 1176. Véase en fin la nota b de la ed. Bened.)

(3) San Gregorio (ep. XI, n. 65, ann. 601) designa como metrópoli la ciudad de Lóndres, situada no en Kent, sino en Essex, convertida al cristianismo sólo despues del 604. Contaba probablemente con la influencia preponderante del *bretovalda* (rey supremo), Etelberto de Kent, y le escribia: *Vestra Gloria cognitionem unius Dei, Patris, Filii et Spiritus Sancti, re-*

La conversion del resto de la heptarquía anglo-sajona fué más difícil. Mérito, enviado por Gregorio el Grande, llegó con la ayuda de Etelberto á hacer aceptar el bautismo á Sabercto, jefe del reino de Essex, y á fundar el obispado de Lóndres (604); mas los hijos de los dos reyes convertidos permanecieron aún afectos al paganismo. Lorenzo, sucesor de Agustin, fué desterrado de su silla hasta la conversion del rey Eadbaldo. En el reino de Essex el cristianismo fué casi anonadado hasta que lo volvieron á fijar y á sentar en él los northumbrios nuevamente convertidos (653). El Northumberland habia admitido la fe cristiana despues del matrimonio del rey Edwino con Edilberga, hija de Etelberto (625); pero no se hizo bautizar Edwino con sus hijos y su pueblo sino dos años despues, cuando los mismos sacerdotes paganos derribaron con sus propias manos los altares de sus ídolos. El obispo Paulino, que acompañó á Edilberga, fué el primer obispo de York. Extendióse el cristianismo desde Northumberland á los demas reinos de la heptarquía, y fué admitido en la Ostanglia hasta por su rey Corpwaldo (627), en Wessex hasta por su rey Cinegilo, animado por Oswaldo de Northumberland. Entre los mercios, paganos los más salvajes, que destruian sin cesar todas las divinas semillas que germinaban en las provincias más cercanas, Alchfleda, mujer de Peada, hijo del tenaz pagano Penda, fué la que más trabajó para el triunfo del cristianismo; pero manchó, segun dicen, su santa mision vendiendo infamemente á su marido.

Obtuvo Wulfera del rey Edilwalch permiso para hacer esparcir la semilla y recoger algunos frutos del Evangelio por medio de misioneros enviados á los tenaces y rebeldes habitantes de Sussex, cuyo apóstol fué Wilfrido, obispo de York, arrojado de la Northumbria. Habiendo, por fin, el papa Vitaliano enviado á Bretaña al sabio monje griego Teodoro, arzobispo de Cantorbery, y al abad Adriano (669), se fundaron escuelas de teología, de matemá-

*gibus, et populis sibimet subjectis festinet infundere* (ep. XI, n. 66). San Gregorio podia ya saber por Tácito, *Ann. XIV, 33*, que Lóndres era la ciudad más importante de Inglaterra.



ticas y de lenguas clásicas, que fueron unas prendas de duración y de progreso para la Iglesia anglo-sajona (1).

A consecuencia de esta predicación sucesiva de los misioneros romanos, irlandeses, francos y anglo-sajones, fundiéronse poco á poco en una la iglesia irlandesa y la antigua bretona. Esta, sin embargo, levantó una muy fuerte oposición contra la adopción del rito del *bautismo romano*, contra el nuevo ciclo alejandrino sobre la *Pascua*, en vez de su antiguo ciclo de ochenta y cuatro años, y contra la forma de la tonsura (2). Mas no resultó de esto un cisma manifiesto, á pesar de que en el norte de la Irlanda y en el claustro de la isla de Hy, duraron por muy largo tiempo estas dificultades. Túvose para resolverlas una conferencia en Streaneshall, hoy Whitby, en presencia de los reyes northumbrios Oswio y Alchredo. Oswio, reconociendo la autoridad del Pontífice, se declaró por el ciclo pascual romano; pero no fué éste introducido ni admitido en el norte de la Irlanda ni en el convento de Hy, sino por los esfuerzos que hicieron el abad Adamnan y el sacerdote inglés Egberto, á cuyos desvelos fué debida la paz de la Iglesia unida desde entonces.

En los siglos II y III había ya sido introducido y adoptado el cristianismo en las regiones del Danubio, en la Helvecia, en la Noricia, en la Recia y á lo largo del Rhin, donde se habían erigido iglesias florecientes, pero iglesias y ciudades cayeron precipitadas por el impetuoso torrente de las invasiones; y la historia, hasta el siglo VII, no da sobre las que permanecieron en pie sino noticias tan escasas como inciertas. Fué evidentemente debi-

(1) Véase sobre todo á (Enrique Wharton) *Anglia sacra*. Lond., 1791, dos tomos en folio. Opus alieno ferè labore compositum, se lee en la dedicatoria.

(2) Distingúanse entonces tres especies de tonsuras: la de Pedro ó la romana, que consiste en un pequeño círculo en la coronilla; la de Pablo, que consistía en afeitar enteramente la cabeza sin dejar coronilla de cabello; la de Simon el Mago, muy usada entre los irlandeses y los antiguos sajones, que no rapaban sino la parte anterior de la cabeza en forma de media luna, tonsura que derivaba quizá su nombre, según las *Recognitiones Clementis Romani*, lib. II, c. 12, de Luna, compañera de Simon. *Hom. Clem.*, II, 25. Elenè.

do á la providencia de Jesucristo sobre su Iglesia, que durante todas estas extrañas revoluciones del continente fuese el cristianismo plantado y cultivado en las apacibles comarcas de Irlanda y de Inglaterra, á fin de que éstas pudiesen á su vez enviar misioneros cristianos y obreros evangélicos para fundar la iglesia de Alemania y restaurar la de los francos.

La iglesia episcopal de Vindomisa (Windisch), en la Helvecia, data de los primeros tiempos. Bubulco fué el primero de sus preladados, y leemos su nombre en un sínodo celebrado en el año de 577 en Epaona, y sabemos que su jurisdicción abrazaba una gran parte de Alemania. Aparece después de él como obispo de Vindomisa en un concilio de Albernia, y en dos de Orleans (541-49). Gramático, al cual sucedió Máximo, que con gran ventaja para la conversión entera de Alemania, trasladó su cátedra á Constanza, á cuya diócesis agregó el rey franco Dagoberto I, entre el año de 628 y 638, Augsburgo, Basilea, Estrasburgo, Lausana y Coira.

Durante la dominación franca, la ley ostrogoda dada por Teodorico vino á ser el *pedagogus ad Christum* (1), y el celo apostólico del irlandés Fridolin, de Trudperto y de Pirminio, fundó la fe cristiana en Alemania. Columbano, que había creado el convento de Luxeuil, en los Vosges, predicaba en 611 el Evangelio en las orillas del lago de Constanza, y arrojado de allí, se había retirado á Italia, donde murió cuatro años después en el convento de Bobbio. Gall, uno de sus doce compañeros, tuvo que quedarse en Suiza por causa de enfermedad; echó con este motivo junto al río Steinach los cimientos del convento de San-Gall (2), que llegó á ser más tarde tan célebre y tan útil á la Iglesia. Rehusó este santo varón el título de abad del monasterio de Luxeuil, no menos que el de obispo de Constanza, cuyo pueblo al oírle predicar había exclamado: «El espíritu de Dios ha hablado hoy por boca de este hombre.» Recomendó para el obispado de Constanza á su dis-

(1) Cf. Hefele, loc. cit., p. 211, 40.

(2) Cf. Hefele, p. 304.



cípulo el diácono Juan, y murió probablemente en Arbon el día 17 de Octubre del año 627, después de haber empleado sus últimas fuerzas en organizar la comunidad del sacerdote Willimar, su venerable amigo (1). Su sepulcro no tardó en ser un lugar de peregrinación.

En el país de Passau (*Castra Batava*) fué predicado el Evangelio á los paganos y á los arrianos en 440 por el misionero belga Valentin, que, rechazado con desprecio, se dirigió, autorizado por Leon el Grande, hácia el Tirol, y después de una vida santa y laboriosa recibió allí la corona de la justicia.

Aparece á poco en la Pannonia y en la Noricia San Severino, que se granjeó en todas partes la veneración de los pueblos y el respeto de los mismos reyes bárbaros. Sus trabajos santifican, y sus milagros y profecías admiran y convierten á los pueblos de los países de Passau y Viena (falleció 482). Mas nuevas invasiones arruinan aún á los poderosos obispos de *Juvavum* (Salzburgo), *Reginum* (Ratisbona), *Quintana*, Passau y otras iglesias (2). Los eslavos destruyen la metrópoli de Lorch. Algunos misioneros francos parece anunciaron desde luego el Evangelio á los bojares, establecidos en la Noruega y la Vindelicia; y á fines del siglo VI, su duque Garibaldo, padre de Teodolinda, es ya cristiano. El duque Teodon, pariente de éste, que reinaba en una parte de la Baviera, era pagano aún; pero habiendo llamado junto á sí á San Ruperto, obispo de Worms, se hizo cristiano con muchos de sus súbditos, movido por las palabras de este gran prelado, que restauró la iglesia de Javia y la consolidó fundando en ella un monasterio. El verdadero apóstol de la Baviera fué, sin embargo, el obispo franco Emmeran, que, detenido en Ratisbona por el duque Teodon para predicar la doctrina de Cristo á los áva-

ros gentiles de la Pannonia, fué condenado á muerte por Landperto, hijo del duque, cuyas injustas sospechas habían despertado su infatigable asiduidad y sus trabajos incesantes (1). El monje franco Corbiniano fundó la iglesia de Frisingen y llegó á ser su obispo (falleció 730).

Habían sido ya arrojadas algunas semillas del cristianismo (2) en la Franconia actual, después que fué destruido por los francos el poder de Turingia (527), y se debió á la actividad del monje irlandés Kiliano, que convirtió cerca de Wurtzburgo al duque Gozberto, y preparó los felices resultados de sus compañeros, el sacerdote Coloman y el diácono Totnanno. Pero fueron asesinados los tres, cuando, como otro Juan Bautista, condenó severamente Kiliano el matrimonio ilegítimo de Gozberto con su cuñada Geilana, y concitó con esto contra sí la venganza de esta mujer culpable.

En las orillas del Rhin florecían ya desde el siglo IV los obispos de Colonia, Maguncia, Spira (3) y Estrasburgo; en las del Mosela y del Meuse, los del Tréveris, de Metz, Toul y Verdun; en Bélgica, la iglesia episcopal de Tongres, trasladada después del año 452 á Maestricht, y los obispos de Tournay y Arras. Fueron atormentados todos por frecuentes invasiones, y algunos desaparecieron enteramente; pero hácia el año 600 el ermitaño Goar, en cuya honra fué edificado el templo de su nombre, trabajó ya eficazmente para restaurar á lo largo del Rhin el cristianismo; y hácia el 620 pudo ya San Amando, obispo de Estrasburgo, á quien sostenía el rey Dagoberto, pagar el Evangelio por la Bélgica. Tuvo, empero, San Amando, nombrado obispo de Maestricht en 649, rudos combates que sostener con su clero; tanto, que suplicó por largo tiempo al papa Martín que le permitiese dejar el obis-

(1) Véase de *miraculis beati Emmerami*, lib. II. (Canisius-Basnage, I, loc. cit. t. III, part. I, p. 105 sq.)

(2) Sagittarii, *Antiquitates gentilitismi et christianismi*. Thuring. Jen. 1685, en fól. *Vita San Kiliani*, (Canisius-Basnage, loc. cit. t. III, part. t, p. 163 sq.)

(3) Geissel, la catedral de Spira (llamada la catedral del Emperador). *Monogr. topogr. et hist.*, 3 volúmenes. Maguncia, 1826 (incluyendo al mismo tiempo una historia del obispo de Spira).

(1) La más antigua vida de S. Gall está en la obra de Pertz, *Script. rer. Gem.*, t. III, corregida por Walfrido Strabon, *Vita S. Galli*. (Mabillon, *Acta SS. ord. S. Bened. sac.*, II.) Véase el sermón de S. Gall cuando la consagración de Juan, en Galland. *Bibl.*, t. XII, p. 751.

(2) Hansiz, *S. J. Germania sacra. August. Vind.* 1727, 2 t. en fol. Prodomus, t. III. Ibid. 755. Cf. Canisius, *Lection antiqua*, t. III, p. 2.